

# Jos y el ninja del pendrive:

De friki informático a salvador de la humanidad



SERIE NINJA DE BARRIO - 1

Jota González



Jos y el ninja del pendrive



# Jos y el ninja del pendrive

*De friki informático a salvador de la humanidad*

SERIE NINJA DE BARRIO · 1

Jota González

© 2026 Jota González. Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2026.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, los lugares y los sucesos son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia. Las marcas, los programas de televisión y los productos que se mencionan pertenecen a sus respectivos propietarios.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro sin el permiso previo del autor.

El diario de Jos: [diariodeungordo.com](http://diariodeungordo.com) · Web del autor: [jotagonzalez.eu](http://jotagonzalez.eu)

*Con cariño para vosotros,  
mis pequeños peludos.*



# 1

## RUTINA

---

Miré el reloj del salpicadero: faltaban dos minutos para las nueve de la mañana. Pulsé un botón del móvil, la novela que estaba leyendo se fundió en negro y me guardé el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. Salí del coche, le di al mando y un *clac-clac* me confirmó que había cerrado. Plegué los retrovisores y crucé la calle.

Unos segundos después entraba en la tienda saludando con mi entusiasmo de siempre:

—¡Hoooooaaaaa!

Las chicas de la oficina todavía no habían llegado, así que el único que me contestó fue Don Silencio. Me metí en el taller. En mi mesa me esperaban unos cuantos avisos, casi todas visitas a domicilio para instalar impresoras. Me dejé caer en la silla como un saco de patatas y encendí el ordenador con la punta del pie, porque

lo tenía debajo de la mesa. Luego me giré hacia la izquierda y moví el ratón de otro ordenador, uno que había dejado trabajando el día anterior. El monitor se despertó con un parpadeo y me soltó esto:

*Windows está actualizado. Por favor, reinicie su equipo para continuar.*

Sonreí. *Microsoft nunca te lo ponía fácil.* Le di a *Reiniciar ahora* y justo en ese momento sonó el timbre de la entrada. Asomé la cabeza por la puerta del taller, vi que era un cliente y me levanté de la silla con toda la pereza del mundo.

Llegamos los dos a la vez al mostrador. El cliente era un niño de no más de ocho años, vestido como un abuelo de película antigua —gorra de paño, chaleco, camisa remangada, pantalones bombachos y calcetines hasta las rodillas—. Por debajo de la gorra se le escapaba un mechón de pelo que no había peine capaz de domar. Traía en la mano una maletita de cuero que parecía haber dado dos vueltas al mundo. Le di los buenos días y le pregunté qué necesitaba. Todavía hoy me acuerdo, palabra por palabra, de lo que me dijo aquella fría mañana de diciembre:

—No tengo tiempo que perder en este tiempo, caballero. Repare a Bertha en cuanto le sea posible, por favor.

¿Bertha? Al ver mi cara de *can yu ripit, plis*, subió la maletita al mostrador, soltó los cierres con un *clac-clac* y la abrió. Dentro, encajada como una joya en su estuche, había una máquina de escribir que había conocido tiempos mejores. Yo de ordenadores sabía un rato, pero de máquinas de escribir... más bien nada. Y a aquella frase, por más vueltas que le di, no le encontré ni pies ni cabeza.

Le dije al mechón rebelde que tomaba nota y que se la miraría otro técnico. Asintió y me dio su nombre: *John Smith*. Me quedé mirándolo con el boli a un milímetro del papel, preguntándome si me había visto cara de gilipollas, pero al final me callé y lo apunté tal cual. Ni teléfono ni dirección, claro. Eso sí, me dijo que le fallaba el arrastre del carro. ¡Algo era algo! Le dije que se pasara en un par de días.

Y entonces, cómo no, John me dijo que no podía esperar tanto, que la necesitaba esa misma tarde. Hubo un tira y afloja que no viene al caso y al final le di mi palabra de que haría todo lo posible. El niño-abuelo se marchó dándome las gracias, pero con cara de preocupación.

Cogí a Bertha y la dejé en la mesa del compañero, con un aviso que decía:

CLIENTE: John Smith

AVERÍA: El arrastre del carro falla.

NOTA: Urgente, ¡porfa! Vendrá a buscarla esta tarde.

Volví a mi silla y, nada más mirar la pantalla del ordenador que estaba arreglando, se me torció la sonrisa:

*Se ha producido un error al instalar una actualización. Revirtiendo los cambios...*

Confirmado: *Microsoft nunca te lo ponía fácil*. Y esta no iba a ser la excepción, porque sabía por experiencia que aquel mensaje era el principio de un bucle infinito: Windows intentaría deshacer los cambios una y otra vez, hasta el fin de los tiempos.

Al rato volvió a sonar el timbre. Esta vez era Mickey, el compañero que arreglaba máquinas de escribir, impresoras, fotocopiado-

ras y, en general, cualquier cosa que le pusieran delante. A primera vista parecía un tío frío, de lo serio que era, pero nada más lejos de la realidad. Tenía un humor muy suyo y, aunque no era de risa fácil, de vez en cuando soltaba un *¡Mph!* que tenía muchísima gracia.

Me levanté y fui hasta su mesa, donde Bertha y él esperaban a que los presentara como Dios manda. Empecé a contarle el caso, pero me cortó en seco:

—Esto es demasiado viejo. No tengo ni tiempo ni ganas. Paso.

Mandó el trasto a la zona de desguace y siguió con una impresora Brother que tenía a medio destripar.

Como sabía que a cabezón no le ganaba nadie, recogí la pieza de museo sin decir ni mu, me la llevé a mi zulo y la dejé en mi mesa, junto a los avisos de la mañana. No me apetecía nada salir a instalar impresoras con el frío que hacía —y lo aburrido que era—, así que escondí aquellos papelitos debajo del teclado como quien no quiere la cosa.

Mientras peleaba con el bucle infinito, en los ratos muertos que me dejaba Windows, le iba echando un ojo al trasto para ver si podía arreglarlo y cumplir mi palabra aquella tarde.

La mañana se me pasó volando. Y sí: al final hice los dichosos avisos, arreglé el ordenador del bucle y, contra todo pronóstico, resucité aquella vieja máquina de escribir.

Esa misma tarde, Bertha y John volvieron a encontrarse. Si llego a saber lo que se me venía encima, no me habría quedado tan tranquilo.

## 2

¡PUF!

---

Ahí estaba yo, con mi metro noventa y mis ciento ochenta kilos de genialidad, sonriendo de oreja a oreja por haber arreglado un trasto del que, unas horas antes, no tenía ni idea (¡gracias, Google!).

Hay gordos que se ofenden muchísimo si alguien los llama por lo que son: gordos. Yo me río. En serio. Les digo que lo mío no es exceso de grasa, sino de conocimiento almacenado. Desde pequeño he tenido un hambre que no se acaba nunca —de Donuts y de saber cosas— y no entiendo cómo funciona el cerebro de la gente que dice que se aburre en casa. ¿Cómo te vas a aburrir, con algo tan fascinante como Internet al alcance de la mano?

De eso estaba hablando con John mientras una de las chicas le preparaba la factura: de la red de redes. Y aunque me pareciera increíble —por no hablar de que llevaba a la espalda una mochila nueva y reluciente que no pegaba ni con cola con su ropa de

abuelo—, John no entendió de qué le hablaba. Asintió como se les asiente a los locos, por miedo a que te hagan algo o, peor, a que se pongan a darte la chapa. Pero frunció el ceño un segundo y eso lo delató.

Pagó la factura, me dio las gracias y se fue por donde había venido.

Yo trabajo a media jornada y aquella tarde solo había ido para entregarle a Bertha en persona. Así que a los compañeros no les extrañó verme coger la chaqueta y salir detrás de John.

¿Conocéis la expresión *tener la mosca detrás de la oreja*? Pues yo tenía un enjambre de moscardones gordos como puños. Algo no me cuadraba. Así que al salir, en vez de ir a mi coche, seguí al chaval a pie, siempre a una distancia prudente. No me considero un loco, ni un acosador. Pero, bien pensado, ¿qué loco o qué acosador se considera tal cosa?

Mientras iba tras él, saqué el móvil del bolsillo, abrí la cámara y, pellizcando la pantalla, hice zoom sobre mi objetivo. Como espía de pacotilla que era, me iba escondiendo en los portales de las tiendas, detrás de los árboles —solo de los gordos— y agachado detrás de los coches aparcados, asomando el móvil lo justo para ver por dónde tiraba John.

Y mira tú por dónde, mientras seguía a un cliente como un auténtico profesional, se me cruzó otro. Me miró con los ojos entornados y las cejas levantadas. Cuando vi que estaba a punto de soltarme algo como *¿Qué narices estás haciendo?*, me adelanté:

—¡Tsst! Estoy grabando un cortometraje sobre un detective privado que vigila a un marido infiel.

—Ehhh... —dijo él.

¿Que si coló? No me quedé a comprobarlo, porque cuando volví a mirar hacia donde había visto a John por última vez, ¡ya no estaba!

Apreté el paso y, gracias a las gafas nuevas que me acababan de graduar, lo localicé en un callejón, unos cincuenta metros más adelante. Me acerqué con muchísimo sigilo hasta quedarme a unos diez metros de él. Bueno, con muchísimo sigilo menos cuando le di una patada sin querer a una bolsa llena de latas vacías, que disimulé con un ¡*MIAU!* de lo más logrado.

John estaba sentado en el suelo, en plan Buda, con la máquina sobre las rodillas y la mochila colgada a la espalda. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo veía, se concentró en la pieza de museo y se puso a teclear. Hizo una pausa, respiró hondo, cerró los ojos y pulsó una última tecla.

Y entonces pasó. Él y Bertha hicieron ¡PUF!

¡¡¡PUFFFFF!!! ¿¡Cómo puede alguien desaparecer delante de tus narices!? ¿Eso no va en contra de toda lógica? Vale, sí, David Copperfield hizo desaparecer la *Estatua de la Libertad*, pero si vas a ver a un mago ya vas medio sugestionado y, en cierto modo, sabes que, por imposible que parezca, va a pasar.

Esto era otra cosa. Un niño con un gusto pésimo para la ropa, y con una máquina de escribir todavía más antigua que su ropa, acababa de esfumarse delante de mis ojos de miope. Tomé nota mental para pasarme por la óptica y pedir que me revisaran las gafas nuevas.

Salí de mi escondite y me acerqué al sitio donde, unos segundos antes, había estado sentado aquel hombrecillo tan raro. Lo miré de

arriba abajo, buscando un doble fondo o algún cacharro de magia de esos que venden en eBay por menos de lo que cuesta una pizza familiar.

Nada. Cemento y punto.

Decepcionado, me di la vuelta. Pero vi algo con el rabillo del ojo y volví a girarme. En la pared de la izquierda, a cierta altura, había algo que me hizo sonreír: una cámara de vigilancia.

La cámara apuntaba a la puerta lateral del restaurante que daba al callejón, por donde seguramente los empleados sacaban la basura. Supongo que estaba ahí para que nadie se escaqueara.

Y se me plantearon dos preguntas: ¿la cámara había grabado cómo desaparecían John y Bertha? Y si lo había grabado, ¿cómo podía ver ese vídeo?

Modo *ninja*: ¡activado!

# 3

## NINJA

---

¿Pasamontañas? ¡Listo! ¿Traje de lycra negro? ¡Listo! ¿Valor para asaltar en plan ninja el restaurante esa misma noche? Ahí, ahí.

Estaba en mi habitación, plantado delante del espejo, y mi reflejo me devolvía una mirada seria, fría, de auténtico samurái. Intentaba vaciar la cabeza de pensamientos que no ayudaban nada: *pareces una morcilla, y de las gordas, ¿dónde vas vestido así, piltrafilla?, ¿en serio lo vas a hacer... con esa pinta?* Pero, igual que Son Goku, cuando me marco un objetivo, mi determinación es a prueba de bombas. Al principio, por lo menos.

Así que, antes de que la razón me hiciera cambiar de idea, me vestí a lo Clark Kent —con el disfraz debajo de la ropa de calle— y salí de la habitación. En el recibidor abrí un cajón de la cómoda, saqué mi arma reglamentaria —una pistola de bolitas de plástico—

y me la guardé en un bolsillo de la chaqueta. Sí, yo también lo pensé: *¿un ninja con pistola?*

Cogí las llaves de casa —de las que siempre colgaba un pendrive— y salí hacia el restaurante.

Por la calle, la gente se giraba a mirarme. La lycra, muy cómoda eso sí, hacía *fru-fru* cada vez que me rozaban las piernas. Tenía que darme prisa, porque notaba que un poquito de sentido común empezaba a apoderarse de mí. *Fru-fru-fru-fru...*

Al llegar al callejón, me escondí detrás de un contenedor y me quité la ropa de calle. Justo entonces caí en lo poco práctico que era un traje de lycra —sin bolsillos— para llevar el pendrive y mi arma reglamentaria. Como no tenía cinta americana, me estiré un poco el cuello del traje y me metí el pendrive sobre la teta izquierda —yo no tenía pectorales, tenía tetas— y la pistola sobre la derecha. Menos mal que no había un espejo cerca, porque si llego a ver mi reflejo, habría cancelado la misión sin pensármelo.

Por último, guardé la ropa de Clark y el manojito de llaves en una caja vacía que encontré allí mismo y que no olía del todo mal. Ahora sí. Había llegado el momento: *modo ninja ¡activado!*

Intenté imaginar qué haría un ninja de verdad en mi situación: *tirar la pistola y darme una paliza por gilipollas*. No me servía. ¿Y Goku? *Entraría en el restaurante y se pondría hasta arriba de arroz tres delicias*. Tampoco. Me recorrió un escalofrío al darme cuenta de que estaba solo. Hice de tripas corazón y me centré en la cámara. Desde donde estaba, yo no era más que una sombra.

Visto ahora, lo que hice a continuación fue una de las mayores estupideces de mi vida, y he hecho unas cuantas. Pero en aquel momento, en el fragor de la batalla, me pareció una idea brillante.

Cogí una caja de nevera, la vacié y me metí dentro, dejando la abertura a mis pies. Le hice dos agujeros para ver por dónde iba y avancé con sigilo por el callejón, bajo la atenta mirada de la cámara.

Ahora, al *fru-fru* se le sumaba el *shh-shh* de mi nueva piel de cartón arrastrándose por el suelo. El informático que llevo dentro confiaba en que el sistema de vigilancia fuera de gama baja y no grabara sonido.

Una vez debajo de la cámara, salí de la caja abriéndola por el lado que quedaba cerrado y la doblé varias veces sobre sí misma. Eso me ayudó a entrar en calor y a pensar en el siguiente paso: *abrir la puerta que tenía delante*. Nada más ver la cerradura, me arrepentí de haberme dejado el juego de ganzúas, que descansaba tan tranquilo encima de mi cama.

No os vayáis a pensar que yo era un chorizo, aunque en ese momento tuviera pinta de embutido. La curiosidad es la madre de casi todo lo que hago, y por culpa de ella me compré por internet un juego de ganzúas, con el que llegué a abrir con bastante maña un candado del que había perdido la llave.

Otra vez sin las herramientas adecuadas, tendrí que ser mi brillante cerebro el que encontrara la solución. Pero antes de que los engranajes se pusieran a girar, la puerta se abrió de golpe. ¡Casi me parte la nariz! Por suerte, el cartón plegado que había dejado a mis pies frenó la puerta en seco, y la nariz que se rompió fue la del pobre desgraciado que estaba al otro lado. Oí un *¡crack!* y luego un *¡plof!*

Me asomé, todavía escondido detrás de la puerta, y vi a un pinche de cocina tirado en el suelo, panza arriba, con la nariz sangrando. Parecía que había perdido el conocimiento.

Penetré con celeridad en la fortaleza, que minutos antes parecía inexpugnable, y eché un rápido vistazo a mi alrededor. A la derecha, la cocina. A la izquierda, el comedor. Y delante, detrás del mostrador de recepción, unas escaleras que subían a lo que supuse que sería un despacho: el sitio donde seguramente estaría el aparato que grababa la cámara de fuera.

Solo había un problema: una mujer mayor, de unos sesenta años, estaba plantada en las escaleras charlando con uno de los camareros.

Hay cerebros que, con los nervios, se bloquean y se quedan en blanco. Por suerte, el mío, en vez de bloquearse, se pone a pensar caminos a toda velocidad. Eso sí, a veces los caminos que se le ocurren son un poco raros.

Me escondí en el hueco que había entre el mostrador y la cocina y desenfundé mi pistola de bolitas. Contuve la respiración, como un auténtico francotirador, apunté y disparé tres bolitas a la nariz herida del pobre pinche. La primera le dio en un ojo, la segunda le rozó la frente y la tercera le acertó de lleno en el tabique nasal.

—¡Ahhhhhhh! ¡¡¡AHHHHHHH!!! ¡¡¡DIOOOOSSS!!!!

Los gritos no se hicieron esperar. Oí pasos que se acercaban a la primera víctima de mis muchas horas de entrenamiento con el *Call of Duty* de la Wii y supuse que eran de la señora y del camarero que me cortaban el paso. En cuanto llegaron junto al pinche, salí de mi escondite y subí las escaleras como una exhalación. *Fru-fru-fru-fru*.

Llegué sin aliento. Supuse que sería por el peso extra del pendrive.

Cuando me recuperé, eché un vistazo. Estaba al principio de un pasillo largo con cinco habitaciones: tres a la izquierda y dos a la derecha. Afiné el oído, entrenado por años de arreglar ordenadores, y distinguí el ronquido de un ventilador de CPU —al que no le vendrían mal unas gotitas de aceite— en la habitación del fondo a la derecha.

A simple vista, tenía dos problemas gordos: en todas las habitaciones menos la primera de la izquierda había gente, y las paredes entre una y otra eran de cristal. Tenía que pensar algo, y rápido, porque si alguien subía por las escaleras no tendría dónde esconderme.

La puerta de mi izquierda tenía paredes de yeso y, más que una oficina, parecía un almacén pequeño. Todavía de rodillas, puse la mano en el pomo y lo giré muy despacio. La puerta se abrió con un suave *clac* y, después de comprobar que no había nadie, me colé dentro.

Me vinieron a la cabeza escenas de MacGyver y del Equipo A. Siempre había algún malo que los encerraba en una habitación —nunca a ninguno se le ocurría matarlos para ahorrarse problemas—, y eso era como decirles: *¡Venga, chavales, a ver con qué nos sorprendéis!* Así que me puse a examinar el cuartito con ojo clínico.

Había productos de limpieza, un par de taquillas metálicas cerradas con llave, un extintor y una manguera de incendios. Y un grifo bajito, para llenar los cubos de agua, supongo. Mi inventario personal, por su parte, constaba de un traje de lycra, un pendrive y una pistola de bolitas.

¿Qué habría hecho MacGyver con todo esto?

Seguro que habría mezclado lejía con Mr. Proper —ahora se llama Don Limpio— y alguna cosa más para montar una pequeña explosión que despistara a todo el mundo. Pero, la verdad sea dicha, de MacGyver solo me acordaba del nombre del actor —Richard Dean Anderson— y de que siempre se llevaba algún puñetazo. ¿La parte de química? Ni idea.

¿Y el Equipo A? ¿Qué habría hecho en mi lugar?

Esos sabían de química lo mismo que yo, así que a lo mejor me servían de ejemplo. Aunque, ahora que lo pensaba, a ellos no los encerraban en un cuartito, sino en un taller. Y no en un taller con un par de destornilladores y una llave inglesa, no. Tenían radiales, gatos hidráulicos, motores, ruedas y recambios para dar y tomar.

Me volvió a recorrer un escalofrío. Estaba solo contra el mundo, otra vez.

Mi única opción era que dentro de las taquillas hubiera algo útil. Pero ¿cómo iba a reventar la cerradura? Si hubiera llevado el móvil, se lo habría preguntado a Google. Pero mi teléfono dormía tan tranquilo encima de mi cama, al lado del juego de ganzúas, que tampoco me habría venido nada mal en ese momento.

Oí un *chaquía-chaquía* en la cabeza y supe que los engranajes se habían puesto a funcionar. Esta vez la respuesta llegó al instante. Cogí la manguera de incendios y conecté un extremo al grifo. Luego metí la parte del medio de la manguera, doblada, en la rendija que quedaba entre el marco de la taquilla y la puerta, a la altura de la cerradura. Abrí el grifo y... ¡nada!

Busqué una llave de paso, pero no había ninguna a la vista. ¿Cómo podía ser que no hubiera agua? ¿Con qué llenaban los cubos los de la limpieza? ¿Se meaban dentro?

Por un momento la razón estuvo a punto de ganar la batalla, y casi salgo de allí *cagando tomates*, como diría un buen amigo mío. Pero mi cabeza en modo ninja era una locomotora cuesta abajo y sin frenos. Sin pararme a pensar si funcionaría, desconecté la manguera de aquel grifo de adorno y la conecté al extintor. No encajaban, pero apreté el invento con la mano, quité la anilla con los dientes ¡y le di caña!

Fue como agarrar una cobra puesta hasta arriba de éxtasis. Lo que había dentro del extintor salió disparado por la manguera y llegó de golpe al doblez, y la puerta se combó un poco por el lado de la cerradura. Solté el extintor y dejé que la víbora diera sus últimos coletazos en el suelo. Me acerqué a la taquilla, tiré del tirador... ¡y la puerta se abrió!

*¡¡¡Chúpate esa, MacGyver!!!*

Dentro de la taquilla había dos uniformes. El primero era de camarero, completo, pero por desgracia no era de mi talla. Aunque no os lo creáis, a mí me cuesta mucho encontrar ropa de mi talla. Así que no me quedó otra que ponerme el segundo.

# 4

## JULIANA

---

Me quité el traje de lycra y me disfracé de señora de la limpieza. Arranqué a tirones unos cuantos flecos de la fregona y me los puse debajo de una especie de cofia, que venía con el uniforme, a modo de melena. Cogí la escoba y el recogedor que había a mi derecha, carraspeé y salí del cuartito dejando atrás mi dignidad, la poca que me quedaba después de mi momento ninja.

Eché a andar haciendo como que barría hacia la habitación del fondo a la derecha, cuando alguien me dijo por la espalda:

—Caray, Julia, ¿quiere decir que no se le ha ido un poco la mano con los turrone?

Cuando me giré y aquel chaval me vio, le noté tragar saliva con dificultad. Subí la voz un par de octavas y, con acento andaluz, le dije:

—No zoy Julia, zoy Julia...na, mi arma, zu prima de Güerva. Y permítame que le diga que ha zío un comentario batante ofensivo. ¿Qué curpa tiene una de habé nasío en un cuerpo tan grande?

—Lo lamento de veras, Juliana. Por favor, continúe con su labor y olvide lo que acabo de decir.

—¡Ea! —le contesté, y ya está.

Seguí barriendo el pasillo mientras saludaba y sonreía a los que me miraban con curiosidad. Al final, después de dejar el pasillo como para pasar la prueba del algodón, llegué al cuarto desde donde se controlaban las cámaras. Dentro había un señor de cuarenta y tantos leyendo el periódico deportivo sin hacer ni caso a los monitores.

En el escritorio del fondo estaba el VTR —el aparato que guardaba lo que grababan las cámaras, en vídeo comprimido— y, como me imaginaba, tenía una ranura delante para conectar mi pendrive, que me había pasado de la teta al bolsillo al cambiarme de disfraz. Ahora solo me faltaba quitarme de en medio al *vigilante*.

—¡Tsst! ¡Cushe! Shése a un lao que tengo que limpiá, hombre.

El hombre pegó tal bote en la silla que el periódico le salió volando de las manos. Le expliqué que estaba sustituyendo a mi prima Julia y que, si me dejaba unos minutos, le dejaba el despacho que ni el mayordomo de la tele.

—Lo lamento, señora, pero no puedo desentenderme de las cámaras ni abandonar mi puesto bajo ninguna circunstancia —me dijo el muy canalla, después de haberle visto leerse el Marca hasta la última coma.

—¿Ni pa í ar baño ziquiera?

—Esa es la única excepción —respondió él.

Haciéndome la limpiadora torpe, le di con el palo de la escoba a la taza de café para que se le cayera encima de los pantalones, pero la cogió al vuelo y me soltó:

—¡Cuidado, señora! ¡Que casi la lía parda!

Canalla, canalla... ¿Es que aquella noche no podía salir nada a la primera? ¿Sería una señal del destino para que abortara la misión? Pues no me iba a rendir tan fácilmente. Me fijé en que, al lado de uno de los monitores, tenía una foto con una mujer y una niña pequeña. Así que, mientras le daba a la escoba, también le di a la lengua.

—¿Zu mujé y zu hija?

—Sí. Bueno, casi. Mi ex-mujer y mi hija, Ainhoa, una ricura.

—Vaya, lamento lo de zu é. ¿Cómo lleva la separación?

—Pues la verdad es que no muy bien. Hace ya dos meses que me dejó, pero todavía huelo su perfume y escucho su voz cuando pienso en ella.

—¿Y qué le hicite pa que te dejara, criatura?

—Pues según Laura, me pasaba el día fuera de casa, trabajando, y las tenía olvidadas tanto a ella como a nuestra hija. ¿Típico, verdad?

—¡Que malajeeee! A vé, ¿cómo te llama, shiquisho?

—Roberto.

—Te via cé mu sincera, Beto. Una mujé como Laura dura mu poquito tiempo zola. ¿Qué te paresería que otro durmiera bajo zu zábana?

—¡Uf! ¡Ni me lo mencione!

—Pero ci te para a penzá, lo peó no é que un shavá joven y casha se trinque a tu mujé, Robeto. Lo peó é que tu hija lo verá cada día, mientras a ti te verá lo fine de cemani namá. Lo que no tenga que currá, claro.

—Pero... ¡pero yo soy su padre!

—Padre no é quien pone la semisha, cino quien te cuida, educa y da cariño a diario. Y ahora dime, de corasón, ¿a ti qué te importa má? ¿Tu cecy mujé y tu precioza niñita, o una mierda de trabaho que te tiene amuermao y no te deja explotá to tu potensí?

—Joder, señora, está claro. ¡Mi mujer y mi hija!

—Pué ci ta tan claro, Beto, ¿qué cohone ta hasiendo entoavía aquí?

—¡Me cago en Dios! ¡Pues tiene razón! ¿Qué coño? A tomar por culo ya.

Se me acercó, me dio un abrazo de los que crujen y, con lágrimas de rabia en los ojos, se largó con paso firme. Tardé un momento en darme cuenta de lo que acababa de pasar. ¡Lo de hacer de psicóloga había funcionado!

Saqué el pendrive del bolsillo y lo conecté al VTR. Conocía el sistema operativo que usaba y no me costó mucho empezar a copiar los archivos. Eso sí, con la cantidad de datos que había, iba a tardar un buen rato.

Una barra de progreso circular marcaba un 5 %. Apagué el monitor por si pasaba alguien y seguí haciendo como que barría.

Después de lo que me pareció una eternidad, volví a encender el monitor: solo iba por el 39 %. ¡Me iba a dar algo! Me caían gotas de sudor por la frente y, con cada minuto que pasaba, me ponía más

paranoico. Volví a apagar el monitor y, un segundo después, una voz de mujer me puso de punta todos los pelos del cuerpo.

—¿Quién es usted?

—Soy Juliana, la prima de Julia, que... —Mierda, se me olvidó poner el acento andaluz.

—Julia no viene hasta de aquí a dos días —me cortó ella.

Maldita sea. Con la de gente tonta que hay en el mundo, y me tenía que tocar una listilla justo cuando iba por la mitad de la copia de los vídeos de la cámara del callejón.

—Eh... ¿no me diga? ¿No es sábado hoy?

—Hoy es jueves —dijo secamente.

—Vaya, fallo mío. Hay que ver, que no sabe una en qué día vive, ¡jeje! Pero mire, como ha sido culpa mía, haremos una cosa: termino hoy de limpiar lo poquito que me queda y el sábado vuelvo de nuevo. Y solo les facturo el servicio del sábado, ¿le parece?

La vi pensárselo un momento y volví a la carga:

—Es que no me gusta dejar las cosas a medias y por nada del mundo querría que un error tonto mío perjudicara al trabajo de mi prima.

—Bueno, está bien. Dígale a Roberto cuando regrese del baño que quiero verlo en mi despacho inmediatamente.

—Entendido. Y muchísimas gracias, de verdad.

Se dio la vuelta sin decir nada más y salió a toda prisa. ¡Por qué poco! Me faltó nada para salir corriendo en ese mismo momento. Pero no podía dejarme el pendrive allí, y menos estando tan cerca de la meta.

Al cabo de lo que me parecieron horas, ¡la copia terminó sin errores! Y eso era para dar saltos de alegría, porque ¿cuántas veces se queda una copia a medias? Como informático, sabía que muchísimas. Saqué el pendrive de la ranura y me lo guardé en el bolsillo.

Entré en el modo administrador del VTR y lo reseteeé a los ajustes de fábrica. Así se borraban todos los vídeos y, además, dejaba de grabar, porque había que volver a configurarlo.

Salí del cuarto de vigilancia dándole a la escoba a toda velocidad y me volví a meter en el almacén. Me quité el uniforme de chacha y me volví a enfundar mi elegante y ceñido traje de lycra. Vestido otra vez de ninja, recuperé el aplomo. Volvía a sentirme al mando, con la situación bajo control.

Salí del cuartito y cerré la puerta. Me acerqué a las escaleras y me asomé. Los camareros iban de un lado a otro como locos. No vi ni a la señora ni al camarero que habían atendido al pinche. Así que me deslicé escaleras abajo y fui a gatas, a toda prisa, hasta la puerta de servicio. *Fru-fru-fru-fru.*

Me recibió una ráfaga de aire frío que disfruté un par de segundos. Luego fui al contenedor donde había dejado la ropa de calle y, ¡sorpresa!: había desaparecido. ¡Maldito callejón Copperfield! Al mirar alrededor, entendí que había pasado el camión de la basura y había hecho limpieza.

Así que el kilómetro que me quedaba hasta casa tuve que hacerlo escondiéndome de la gente que todavía andaba por la calle a esas horas. Llegué tiritando y una hora más tarde de lo que habría llegado si mi ropa hubiera estado donde la dejé.

¿Sabéis eso que dicen de que los problemas nunca vienen solos? Pues doy fe de que es así. Y lo comprobé por primera vez aquella noche, cuando me di cuenta de que, junto con la ropa, ¡habían desaparecido las llaves de casa!

Como diría Edu, el jefe de la tienda donde trabajaba por las mañanas: *from lost to the river*, que viene a ser *de perdidos al río* en spanglish.

Arrimé un contenedor a la pared del edificio, me subí encima y, antes de que la tapa cediera por el peso extra del pendrive, salté y me agarré a la parte de abajo del balcón de mi piso. Por suerte, vivía en un primero. Pataleé hasta apoyar un pie en el balcón y, con un esfuerzo titánico, conseguí pasar por encima de la barandilla. Me puse de pie, resoplando como si hubieran intentado asfixiarme con una bolsa del Mercadona, y agarré el tirador de la puerta del balcón mientras rezaba en voz alta:

—Por Dios, que me la dejara abierta antes de salir, que me la dejara abierta...

Al tirar y notar que la puerta se deslizaba por su guía, sentí algo que no sé describir: alivio, paz y euforia, todo a la vez.

Nunca me había sentido tan orgulloso de ser un despistado. De verdad. Nunca.

Pero la alegría me duró bien poco. Cuando me desnudé, tiré el traje de lycra encima de la cama, al lado de las ganchúas, y dejé el pendrive en la mesita de noche, me di cuenta de que me había dejado la pistola en el restaurante.

Y entonces me odié por ser tan despistado.

# 5

## BERTHA

---

A la mañana siguiente, mientras yo seguía con mi papel de técnico informático, la radio local habló de un suceso muy raro que había pasado la noche anterior:

—Todavía no está muy claro lo ocurrido, pero al parecer, alguien entró en un restaurante del centro por la puerta de servicio, hirió a un empleado primero dándole con la puerta en las narices —literalmente— y a continuación disparándole proyectiles de plástico con un arma que se halló en la escena del... ¿cómo llamarlo? ¿Acto vandálico? Y no contento con eso, se hizo pasar por un familiar del personal de limpieza, accedió al sistema de videovigilancia del local y borró todas las grabaciones. La policía científica...

No necesitaba oír más. Cambié a una emisora de música clásica —de esas con las que normalmente me quedo frito— para calmar los nervios.

Por otro lado, me moría de ganas de ver los vídeos del pendrive. La noche anterior acabé tan reventado que me fui directo a la cama. Ahora entendía por qué los ninjas solo salen de noche: se pasan el día durmiendo.

—¿Has oído lo que han dicho en la radio? —me preguntó Edu.

—Ehh... no estaba atento. ¿Qué han dicho?

—Que algún zumbado ha asaltado un restaurante, en plan Mortadelo y Filemón, por lo visto.

—¡Vaya tela! ¿Y qué quería? —Lo de *Mortadelo* me tocó el orgullo, lo reconozco.

—Pues no lo tienen muy claro. No falta dinero y lo único que hizo fue borrar los vídeos de las cámaras de vigilancia. Bueno, eso y agredir a un empleado.

—Hay gente para todo —dije yo—. En fin... ¿cómo va el chequeo de disco del ordenador de la señora Pons?

—Va por el 52 %. Le queda una hora larga.

Es fascinante esto del tiempo, ¿verdad? Hay ratos en los que los minutos se te hacen horas, y en cambio hay días que pasan en un suspiro. ¿A qué se deberá? Yo tengo una teoría: *la diversión es inversamente proporcional a lo que dura*. O sea, que cuanto más te diviertes, menos dura. Y al revés.

Y como aquella mañana era de todo menos divertida, se me hizo eterna.

Cuando llegué a casa, dejé la copia nueva de las llaves en el recibidor, entré en mi habitación y encendí el ordenador. Me quité la chaqueta y me dejé caer en la silla giratoria.

Me lo pensé mejor y volví a darle al botón de encendido para apagarlo. Abrí un cajón del escritorio y saqué un netbook, uno de esos portátiles pequeñitos que usan ahora los niños en el colegio.

El netbook estaba virgen: le acababa de instalar el sistema operativo y ni siquiera lo había conectado a Internet. Llamadme paranoico, pero no sabía si los vídeos tendrían algún sistema para rastrearlos por la red.

Pinché el pendrive y, a los pocos segundos, me aparecieron en pantalla varios cientos de vídeos. Pulsé *CTRL+FIN* para ir al final de la lista. En una de las miniaturas me reconocí con el uniforme de chacha.

*¡¡¡Chúpate esa, Mortadelo!!!*

Unos vídeos más arriba se veía el callejón. Hice doble clic en uno y, al momento, John apareció doblando la esquina. Unos metros detrás de él se veía una especie de ballena disfrazada de persona y se oía un *clín clan clon* seguido de un *¡MIAU!* La verdad es que la cámara no me favorecía nada.

John miró hacia donde había sonado aquel maullido tan logrado y luego se concentró en la máquina de escribir. El ballenato asomó la cabeza por un lado de uno de los contenedores y se quedó mirando en silencio.

Entonces John tecleó algo, respiró hondo, pulsó una última tecla y desapareció.

—A ver qué escribiste, amigo mío.

Rebobiné un poco, pausé e hice zoom sobre el vídeo. Puse la velocidad al 50 % y le di al triangulito de *PLAY*.

513027N000740W120619520249AM

La tecla que pulsó, después de respirar hondo y justo antes de desaparecer, fue la del punto.

—¿Qué me estás contando? —pensé en voz alta—. ¡Si esto parece el número de serie de una impresora!

Busqué a John en otros vídeos y lo volví a encontrar en uno de dos días antes. Aparecía de la nada, sentado en el suelo del callejón, con Bertha sobre las rodillas, pero sin mochila. Se levantaba y se iba por el extremo del callejón que no cubría la cámara. *¿Qué narices...?!*

Lo primero que hice fue abrir el navegador del móvil y buscar en Google el *número de serie*. Google me dijo que no había encontrado ningún resultado. Increíble. Lo raro no era que no encontrara nada sobre aquel número de serie. ¡Lo raro era que no saliera absolutamente nada! Haced la prueba. Entrad en Google y aporread el teclado sin ton ni son. Luego dadle a BUSCAR. Os aseguro que algún enlace os sale.

Me centré en la línea que John había escrito en su máquina. Seis números, una letra, seis números más, otra letra, doce números más y dos letras. Así, de primeras, no le vi ningún sentido. Pero mi subconsciente —que es mucho más listo que mi parte consciente— hizo que me fijara en las dos últimas letras: *AM*.

Lo vi clarísimo. *Antes Muertaquesensilla*.

*Mmm... no, no creo*. Pensándolo mejor, dudaba que John conociera esa canción.

Mimo, uno de los peluches que viven en mi habitación —*¿os he contado que desde pequeñito me encantan los peluches y que son como mi alter ego?*—, me miró sin pestañear y me dijo:

—Pues menos mal que tu subconsciente es la parte lista de tu cabeza.

*Maldito oso sarcástico*, pensé, mientras volvía a mirar la pantalla del móvil.

Borré la búsqueda anterior y escribí *AM*. El primer resultado fue como un hachazo en mitad de la frente. *Ante meridiem*. Antes del mediodía. Así es como los anglosajones escriben las horas de la mañana.

No tuve valor para mirar al osito, pero en mi cabeza lo oía partirse de risa. Tomé nota mental para reservar habitación en el psiquiátrico más cercano.

Bien. Si *AM* era *ante meridiem*, los cuatro números de antes serían una hora: 0249. Las tres menos once de la madrugada. Y si eso era así, los números de antes de la hora serían una fecha: 12061952... ¡12 de junio de 1952!

Oí carraspear al peluche.

*La madre que... ¡Ah, claro!* Si la hora iba en formato anglosajón, la fecha a lo mejor también. O sea, con el día y el mes cambiados de sitio. Y eso nos dejaba... ¡6 de diciembre de 1952! Como no oí ningún carraspeo, supe que había acertado.

¡Bien! Ya teníamos fecha y hora. Lo que quedaba del *número de serie* era 513027N000740W. Pensando en inglés, ¿qué podían significar esas letras?

Esta vez no me hizo falta la ayuda de Don Sarcasmo: *North y West*. Norte y oeste. ¡Eran coordenadas geográficas!

51 grados, 30 minutos y 27 segundos norte. Y 0 grados, 7 minutos y 40 segundos oeste. Metí esos datos en Google Maps y me llevaron hasta Trafalgar Square, ¡en Londres!

La pregunta del millón estaba clara: ¿había pasado algo en esa fecha y en ese sitio?

Con buscar *Trafalgar Square 6 diciembre 1952* me bastó para que la Wikipedia me contara lo de la *Gran Niebla*, que asoló Londres del 5 al 9 de diciembre de aquel año.

Por lo visto, con una ola de frío, la buena gente de la ciudad —buena, pero pobre— gastó mucho más carbón de lo normal para calentar sus casas. Era carbón malo —el bueno lo habían exportado—, con muchísimo azufre y otras porquerías. El aire helado hizo de tapadera y el humo tóxico se quedó atrapado a ras de calle. Al parecer, aquello mató a doce mil personas e hizo enfermar a otras cien mil en las semanas siguientes.

*¡Madre mía!*

En aquel momento comprendí que John había viajado en el tiempo y entendí por qué había venido a nuestra época. Seguramente buscaba medicinas, o algo que aliviara los síntomas, que en 1952 todavía no existía.

La visita al psiquiátrico tendría que esperar, porque, resuelto el misterio, me vino a la cabeza otra pregunta:

*¿Podría yo viajar en el tiempo, como John?*

El siguiente paso estaba claro.

Abrí mundianuncios.net en el móvil y busqué *HERMES BABY*, que era el modelo de la máquina: se veía clarísimo en el vídeo. Salieron dos anuncios. Me quedé con el que estaba más

cerca de mí y le escribí al vendedor por el formulario de contacto. Guardé la página en Favoritos y luego busqué en Google *HERMES BABY WIKIPEDIA*. Solo salió un resultado, en alemán. Le di a *Traducir esta página*, porque mi alemán se limita a lo del autobús: *subanempujenestrujenbajen*.

La verdad es que el artículo no me aclaró gran cosa. La máquina se vendió de 1935 a 1989, pesaba cuatro kilos, era pequeñita y la usaron escritores famosos, como Ernest Hemingway, que hasta le dedicaron algún poema. Y ya está. Tampoco esperaba encontrar nada sobre viajes en el tiempo, claro, pero sí alguna historia o algún rumor sobre ella.

Al rato me contestó el vendedor. Todavía la tenía y podíamos quedar esa misma tarde. Así que saqué cien euros del sobre que guardo en el cajón del escritorio —nunca dejes todo tu dinero en el banco, que como monten un *corralito* te quedas sin nada—, me puse la chaqueta, cogí las llaves y salí a buscar a mi nueva mejor amiga.

Y ahora, mirando atrás, os aseguro que fueron los cien euros mejor invertidos de mi vida.

## Continúa en Amazon

---

Aquí termina el extracto.

¿Qué hará Jos con una máquina del tiempo que solo le deja viajar como bicho? ¿Qué quieren de él las dos moscas de 2067? ¿Y por qué el FBI ha cruzado el Atlántico por una pistola de bolitas?

Sigue leyendo *Jos y el ninja del pendrive* en Amazon, en ebook o en tapa blanda.

**Ninja de Barrio • 1**